

Desamparo: «Acontecimiento» y repetición. *Après coup* en transferencia



SUSANA GARCÍA¹

La brillantez interpretativa del contenido manifiesto viene a encubrir la total ignorancia de lo que se mueve en el fondo [...].

Si [el paciente] se contenta con repetir nuestras formalizaciones de su mundo psíquico y con no hablar ahora sino el *new speak* pregonado por los diferentes «partidos» analíticos, habremos transformado en su contrario, nolens volens, una experiencia que pretendía ser desalienante.

Piera Aulagnier, 1976/2018

Cuando estaba pensando este trabajo, me surgió el tema del desamparo junto con la repetición de lo traumático y sus posibilidades o no de resignificación en el análisis. Evoqué situaciones clínicas donde hay una dificultad de movilidad, de asociación, en las formas de la repetición, temas que han sido de constante interés en mi práctica y mis reflexiones teóricas como psicoanalista. ¿Cómo trabajar con esos restos fragmentarios, que no tienen ligazón a palabra pero se expresan en actos, en enfermedad somática o en reestructuración psíquica?

Todos sabemos que el desamparo estructurante es el que obliga a constituirnos como sujetos. Presencia y ausencia, pares inseparables para que el infans pueda sustituir lo que le falta, siempre con precariedad, siempre tolerando el límite, siempre teniendo que renunciar a la omnipotencia, haciendo el duelo por lo perdido para siempre, pero buscando nuevas formas de transcripción.

1 Analista titular en funciones didácticas de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
sgarvaz@gmail.com

Como ya he expresado (García, 2005), esto sería lo traumático estructural, violencia primaria imprescindible, con sus dos vertientes, el otro auxiliador no *es*, no *está* todo lo que la omnipotencia y el desvalimiento del bebé *necesitarían*, y además lo erotiza sin *saberlo*.

Entonces, me importa distinguir lo siempre traumático del desamparo, esta situación antropológica fundamental que plantea Laplanche (1996). Asimetría radical adulto-niño, necesidad del otro para vivir, para recibir estímulos, adquirir marcha, lenguaje y valores, y sobre quien también se implanta lo ignorado por el adulto, lo que constituye una imprescindible libidinización para que emerja el sujeto deseante, con sus anhelos, sus fantasías, sus frustraciones. En esta perspectiva queda planteada de entrada la sexualidad que viene desde el otro y es de algún modo creada y recreada por el infans. Lo que creía poseer es solo una ilusión; surge frustración, vivencia de indefensión, angustia, pero al mismo tiempo se abre el terreno de la esperanza, de la búsqueda, motor vital que lleva a aceptar sustituciones, desplazamientos abriendo a la simbolización y a la constante resignificación, que permite la alteridad.

Pero hay otro desamparo, que nos obliga a repensar los problemas.

En un encuentro con Marcelo Viñar², yo decía que hay hechos traumáticos que dañan particularmente al psiquismo, *acontecimientos* terribles, que con frecuencia configuran duelos imposibles de tramitar y obligan a defensas primarias, a identificaciones alienantes o, peor aún, a forclusiones. Situaciones arrasadoras de la estructura psíquica que debemos considerar con sumo cuidado. Tortura, pérdidas dramáticas, campos de exterminio, migraciones, marginalidad y sus sevicias. Recuperemos «la dignidad de los hechos» (Gil, 2011)³ y pensemos juntos cómo abordar esa dramática humana que requiere del concurso de todos, de la academia, de los trabajadores, de los empresarios y de todo el contexto político y social.

Respecto del acontecimiento, entiendo que es una desviación de los postulados irrenunciables del psicoanálisis interpretarlos como hechos

2 Actividad científica de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, marzo de 2018, Montevideo.

3 Daniel Gil lo dice en referencia a la reflexión sobre sexo, sexualidad, sus construcciones y diferencias sexuales.

reales a pesquisar y pensando que hay una relación causal y lineal con el sufrimiento neurótico o psicótico del sujeto.

En eso podemos afirmar que no hay acontecimiento o no hay trauma a descubrir de los orígenes. Como lo muestra la Carta 52 de Freud (1896/1986a), hay diversas formas de transcripción, regidas por distintas leyes, y lo representado —o el significante (no entro en ese debate)— es siempre el ausente que motiva la construcción de novelas del yo. No hay que ir a pescar «aquello acaecido»... pero hay un pero...

Al respecto, voy a mencionar la película uruguaya *Ojos de madera*, de Germán Tejeira y Roberto Suárez (Casanova, Tejeira y Suárez, 2017), que se proyectó y comentó desde distintas disciplinas en nuestro Congreso sobre Desamparo. Se trata de un niño que sufre un accidente terrible con sus padres, y el único que queda vivo entre los muertos es él. A ese niño lo cuidan, se preocupan por su mutismo o sus rarezas, pero nadie le habla ni le explica lo ocurrido, ni pone palabras a su terror.

Sabemos que cada uno tramita esos traumatismos de manera absolutamente individual; lo anterior de su modo de relacionarse y lo posterior se juegan en armados imposibles de conocer *a priori*, infinitos desplazamientos, identificaciones inconscientes, armado siempre en dos tiempos, siempre *après coup*. Pero yo planteo que en este caso hay un traumatismo extremo que dañó gravemente la estructura y se vincula, entre otras cosas, con ese *acontecimiento*.

Foucault (1979/1992) señala la importancia que ha tenido, en particular para las ciencias humanas, la incidencia del estructuralismo para desterrar el concepto de acontecimiento, pero nos advierte:

No se trata de poner todo sobre un mismo plano, que sería aquel del acontecimiento, sino de considerar que **existe toda una serie de estratificaciones de acontecimientos diferentes que no tienen ni el mismo alcance, ni la misma amplitud cronológica, ni la misma capacidad de producir efectos.** (p. 179)

Pienso que vale la pena, para abordar la clínica, diferenciar aquellos signos-huella que logran traducción a palabra, siempre de modo parcial, siempre dejando resto, de las *marcas primarias intromisionantes*, como

expresa Laplanche (1996), *violencia secundaria* de Piera Aulagnier (1977), que tienen escaso o nulo poder de traducción. También estar atentos a investigar acontecimientos que acaecen en cualquier etapa de la vida y pueden desestructurar el armado psíquico.

Con estas dos últimas, es imprescindible encontrar modos de abordaje, tarea que Freud nos legó. Así, su afirmación de la necesidad de mover en el análisis los fenómenos residuales, trabajados en nuestro medio por Fanny Schkolnik (2016), es objetivo imprescindible del tratamiento. Con esto planteo la necesidad de retomar, reformular los planteos freudianos, que se continúan haciendo sin que se pierdan los conceptos fundamentales. No le pidamos a Freud lo que no podía dar, como dice Laplanche (1986 [1984]/2015): «no podía ir más lejos. No podía profundizar más en la articulación original del acontecimiento y el fantasma».

Por su parte, nuestro entrañable historiador José Pedro Barrán (2008) plantea: «todo presente se encuentra constituido por estratos más o menos densos de pasados residuales y otros de novedades también de diverso espesor» (p. 74).

Una de las formas de trabajar estos traumatismos patógenos es valorar los acontecimientos que el paciente nos relata o que podemos pesquisar en gestos, posturas, fragmentos, padeceres; acontecimientos generadores de angustia, horror, condenados a repetirse y que tienen carácter de inligables para el sujeto. ¿Cómo ligarlos? Ligar, dice Laplanche (1986 [1984]/2015),

es un per, una perlaboración que tan solo puede ser una escucha elaborativa subordinada. [...] la chispa solo puede surgir entre dos polos. Es un per que viene a suplir en todo ser humano (que acude a análisis) las fallas, los desgarros, las monstruosidades irremediables del para-excitaciones interno.⁴

Estoy de acuerdo con la elaboración subordinada y la chispa que surge entre dos polos, pero ¿se limita solo a la escucha? No ligamos y elaboramos internamente, lo formulemos o no, en su oportunidad, con otros referentes

4 Se refiere a la conferencia de André Beetschen: *Écouter, lier: L'analyste et le pare-excitations*.

que, como señalaba más arriba, no son solo palabra, aunque los convirtamos o intentemos convertirlos en palabra. El cuerpo, los actos son a veces indicios fuertes que favorecen las ligazones o nuestras propias asociaciones que nos sugiere el paciente sin palabras, nos lleva a un film, un libro, un poema, un recuerdo personal, una imagen, que a veces se convierte en indicio para generar hipótesis.

El acontecimiento, dice Bleichmar (2006),

es un modo de subrayado que, en definitiva, por efecto del relato [yo agrego: cuando lo hay] deja afuera la parte acotencial estrictamente acaecida, del mismo modo, el traumatismo es lo que escapa al relato, aquello [...] que acosa y llega a derribar [...] las formas habituales de defensa del yo que no pueden hacerle frente a esta efracción de la significación⁵ (párr. 15)

generándose un traumatismo patógeno.

Esto pasa en nuestra realidad cotidiana, con los desheredados de la tierra, con lo que significo como desamparo desestructurante, sin olvidar que el mismo no obedece solo a motivos socioeconómicos, sino que abarca todos los sectores sociales.

Quiero decir una palabra más sobre el papel de la sexualidad implantada por el adulto sobre un niño sin lenguaje, sin posibilidad de pensar y sin un armado defensivo suficiente. También es una erogeneidad necesaria, pero siempre que incluya el reconocimiento de que es otro. Sin embargo, se ven con demasiada frecuencia, también en todos los sectores sociales, excesos de erotización-posesión o carencias-faltas de libidinización, abandonos, indiferencia, y esto marca de una forma compleja la estructura.

Me parece significativo el ejemplo que aporta Harris (17 de agosto 2018) en el trabajo presentado en nuestro Congreso, acerca de una paciente, madre, que relata los placeres eróticos vividos en el amamantamiento del hijo y el estado de extrañamiento angustioso que le generaba alimentar

5 Bleichmar trabaja aquí las ideas de Pierre Nora: Nora, P. (1984). *Los lazos de la memoria*. París: Gallimard.

a la hija, con la que mantiene dificultades. Aquí surgen asociaciones y recuerdos que permiten también configurar la hipótesis de algo muy difícil desde siempre con su propia madre, niña expuesta al cuerpo materno y sus desbordes, un cuerpo demasiado ausente y demasiado presente.

Esas marcas, esas huellas, esas situaciones —muchas de ellas caídas bajo la represión secundaria, otras seguramente más primarias— ¿pueden transitarse si no hay otro que se disponga en transferencia a la escucha y a la búsqueda comprometida? Búsqueda que lleva a la interpretación, pero no solo, sino a construcciones y a establecer lazos posibles que han quedado desconectados y muchas veces no se escuchan, sino que es necesario inferirlos desde fragmentos de palabras, desde los actos, desde el modo de ubicarse en sesión, escuchando en ocasiones un relato que parece un informativo desafectivizado, el paciente habla de otro que no es él, transmitiendo una ajenidad que ubica en ocasiones al analista exactamente en el otro extremo, angustiado, perturbado, horrorizado y sin encontrar las palabras.

Esto se ve en forma permanente en nuestra clínica, relatos desafectivizados o desbordes actuados, que dan cuenta de repeticiones que no encuentran mejor forma de ligazón.

Harris (17 de agosto 2018) nos relata sobre otra paciente, Clara, que estaba: «en un desamparo que apenas podía conocer como una repetición». Señala: «Me cuenta su historia sin un sentido de su significado y significatividad». Y agrega: «Llegamos a decir algo sobre el estado en el que puede caer cuando surge cualquier situación de pérdida o de separación. Arenas movedizas. Cae en un estado disociado y sin palabras, desapareciendo en ninguna-cosa (*no-thing*) y ningún-lugar (*no-place*). Nos hemos mantenidos juntas (a menudo enfrentando mi desamparo y el suyo). Después de varios años de trabajo y después del nacimiento de su segundo hijo, la analista sentía que había estado muy cerca de perderla y de que ella perdiera todo». Nos dice: «Yo vivía el desamparo de sentir que ella podía repetir el destino de su madre adoptiva, que su derrumbe determinó la separación», la pérdida de su mundo infantil, a los seis años.

Este es para mí un punto clave, vivir lo que la paciente no puede vivir y actúa pero sabiendo (a veces) que somos otros y sin contraactuar. Somos depositarios de lo escindido, de lo desmentido, de lo que no encuentra palabras y de los afectos coagulados.

Y sí, Clara desaparece en ninguna-cosa y ningún lugar, y también lleva a cabo actuaciones cada vez más dañinas con el alcohol y la sexualidad con personas desconocidas, que no sabe quiénes son. Como ella. ¿Quién es? ¿Cuál es su apellido? ¿Quiénes sus padres? ¿Qué han querido de ella? ¿Y su analista qué querrá? ¿Cómo confiar?

Sin embargo, el tratamiento se sostiene: «Volvemos del precipicio». «En las arenas movedizas», nos dice con acierto la analista, y remarco el plural que a mi juicio no es pérdida de la asimetría, sino consecuencia del trabajo en la cubeta (Laplanche, 1990).

Así es con estos pacientes con graves traumas en la infancia. Cuando se puede mantener el análisis es porque la analista logra ubicarse como un objeto constante, en una estructura llena de rupturas, de huecos, de traumas activos, analista que padece pero resiste los embates de su paciente, convirtiendo el análisis en un lugar donde se puede desplegar la desesperanza, el horror, el miedo, la desconfianza, el odio, la retaliación y, a veces, el amor. Harris dice que la repetición persiste en la paciente ante las separaciones, lo pienso con Roussillon (1995) como «actos mensajeros». Actos que siguen buscando ser apalabrados, que tienen que seguir trabajando juntas, con la esperanza de que surja una resignificación mayor, aceptando el límite, pero transitando ese complejo camino de las arenas movedizas en las que a veces parece que nos hundimos más aún que los pacientes, pero confiando en la búsqueda de las huellas que están marcadas en el cuerpo, con el calor de la transferencia y sus cuidados.

También debe destacarse la soledad ética (Stauffer, 2015), referida a la ausencia de testigo sobre lo acaecido principalmente en la infancia, pero también en situaciones de exterminio o terrorismo, y creo que hay una situación muy dramática que es la existencia del conocimiento de muchas personas que guardan el secreto, niegan o desmienten, dejando al niño absolutamente desamparado, teniendo que recurrir a su propio y frágil sostén, lo que lo obliga a un recurso como la culpa. ¿Qué hice yo para que esto me sucediera? De paso, trata de dejar indemne lo vivido con los objetos originarios; o recurre también a identificarse con el agresor, repitiendo la violencia ejercida sobre él, ahora adulto, sometiéndolo a otros; o en actos autodestructivos en los que repite una y otra vez lo vivido sin reconocerlo; también con salidas somato-psíquicas o convirtiéndose en

robot, que no siente, no recuerda, no tiene historia, como plantea Joyce Mc Dougall (1996). Es decir, con los recursos que puede armar, con su yo precario y atacado, según las circunstancias. Esto también se ha visto con las víctimas del terrorismo y del Holocausto, entre otros.

Estas situaciones nos obligan con frecuencia a modificaciones de encuadre y cambios en el posicionamiento del analista, ya sea respecto a la frecuencia, a la actitud a asumir ante la dificultad de asociación del paciente, al no uso del diván, a cambios significativos respecto a la neutralidad.

Para mí, el análisis implica el mantenimiento de la asimetría y la abstinencia, el trabajo en transferencia, se interprete o no, el abordaje de la sexualidad y los conflictos, el compromiso afectivo del analista y su capacidad de espera, su tolerancia a lo enigmático, así como el resistir a los ataques y a las defeciones.

Otro aspecto a tomar en cuenta con pacientes gravemente traumatizados es el lugar del objeto, aspecto que implica al analista como presencia. Pienso en la función objetalizante teorizada por Green (1996), que señala que «es imposible homogeneizar los efectos del objeto» (p. 253) y que «el objeto es inductor o catalizador de la ligazón» (p. 256), y esto lo encontramos en el trabajo clínico. Ni fueron homogéneas las figuras originarias ni tampoco lo somos nosotros como analistas.

¿Cómo sobreviven muchos a tanto desamparo? Algunos autores hablan del concepto de resiliencia; no me siento afín a él. Planteo pensar en la complejidad de los restos dejados por los objetos originarios, pese a los cortes, los abandonos, las desapariciones, los abusos, pero algo les permite a nuestros pacientes seguir buscando y encontrar un analista que pueda vencer el miedo y sobrevivir como «un objeto capaz de dejar que se inscriban en ella los efectos de ese padecer» (Green, 1996, p. 260). Y esto favorece la emergencia del no-yo como lo inconsciente, pero también no-yo de la experiencia subjetiva (el analista), que es como sabemos de un objeto distinto a todos los otros; no por nuestro mérito, sino por las características del método.

Esto solo puede lograrse en transferencia, manteniendo la asimetría del encuadre, pero comprometiéndose con el dolor y el padecer del otro, que será siempre desconocido pero se conectará de alguna manera con nuestros propios dolores, con nuestras propias marcas, nuestros propios

límites, sosteniendo la esperanza sin omnipotencia y suspendiendo el juicio. Buen momento para reconocer nuestras impotencias, nuestros propios desconocimientos.

Barthes (1977/1998) dice que una de las fuerzas de la literatura es la fuerza de representación, porque se afana en representar lo real, que es irrepresentable, imposibilidad a la que la literatura no quiere someterse, solo tiene lo real como objeto de deseo.

¿Y los psicoanalistas? Barthes señala lo que ya planteó Freud, que lo real es inalcanzable, imposible de acceder, pero eso no quita que lo busquemos con la ilusión de alcanzarlo. ¿Qué hizo Freud (1917/1986b) con el Hombre de los lobos, en esa su infatigable búsqueda de la escena originaria? Escena no originaria, sino construida entre Freud y Serguei, con un analista afanado en su teorización y un paciente en transferencia, pero así se construyen las teorías, con tropiezos, con idealizaciones, con búsquedas que dejan huellas para ser rectificadas, ampliadas, descartadas.

También nosotros con los pacientes dañados construimos historias que permiten juntar fragmentos, armado psíquico, y no tienen que ser verdaderas, sino hacer malla, hacer un hilado de la historia transferencial que podrá o no el paciente ir descartando y recogiendo, lo que puede llegar a ampliar su capacidad simbólica, buscando que ceda la autodestrucción.

Nuestra función es apalabrar pero, junto con ello, aceptar que la palabra nunca va a dar cuenta de la dimensión del sufrimiento psíquico. Como dice Borges (1926/1998): «Pienso que las palabras hay que conquistarlas, viviéndolas, y que la aparente publicidad que el diccionario les regala es una falsía».

Interrogarse, recorrido teórico, compromiso, tesón, permitirse «lo fuera de frase», como dice Barthes (1973/2007), compartiendo lo que dice Nacht (1963): «No es tanto lo que el analista dice, sino lo que es [...] su real disponibilidad, su receptividad y su aceptación auténtica de lo que es el otro». ♦

RESUMEN

La autora propone discriminar lo siempre traumático del desamparo, imprescindible para que se constituya un sujeto, del desamparo que desestructura y dificulta un armado psíquico, donde el comercio entre yo, superyó e inconsciente no favorece la movilidad de las distintas transcripciones en la estructura psíquica.

Señala que lo traumático estructural, violencia primaria imprescindible, tiene dos vertientes: el otro auxiliador no *es*, no *está* todo lo que la omnipotencia y el desvalimiento del bebé *necesitarían* lo que va obligando a tolerar los límites, a renunciar a la omnipotencia, a hacer el duelo por lo perdido para siempre, pero que también permite buscar nuevas formas de transcripción. En este encuentro está también presente la erotización del cuerpo del *infans* por parte del adulto, erogeneidad necesaria, pero siempre que incluya el reconocimiento de que es otro.

No obstante, también vemos el desamparo desestructurante y lo intromisionante del adulto. Se subraya la frecuencia de excesos por parte del adulto, manifestados en una erotización-posesión o en carencias-faltas de libidinización, que marcan seriamente la estructura.

Estos traumatismos necesitan ser apalabrados, y esto solo es posible en transferencia, comprometiéndose con el dolor del otro y aceptando que la palabra nunca va a dar cuenta de la dimensión del sufrimiento psíquico.

Descriptor: ACONTECIMIENTO / DESAMPARO / TRAUMA / TRANSFERENCIA / ELABORACIÓN / PSICOANALISTA

SUMMARY

The paper suggests discriminating what is always traumatic in helplessness, essential for the constitution of the subject, from helplessness which fragments (desestructura) and makes psychic assembly processes difficult, where the commerce between the ego, the superego and the unconscious does not promote the mobility of the different transcriptions in the psychic structure.

The author indicates that the structural traumatic, unavoidable primal violence, with its two possible paths: the fellow other does not «exist» (no «es»), «is» not (no «está») everything that the omnipotence and the helplessness of the baby «would need», which forces the toleration of limits, mourning what is lost forever, but which also allows for the search of new forms of transcription. In this encounter there is also the erotization of the body of the infans by the adult. Necessary erogeneity, but only if it includes the recognition that the infans is another.

But we also find the fragmenting helplessness and the intrusion of the adult. The frequency of excess, manifest in an erotization – possession and / or absence – lack of libidinization, which severely mark the structure.

These traumatismos need to be put into words and this is only possible in the transference, committing to the pain of the other and accepting that the word will never manage to account for psychic suffering.

Keywords: EVENT / WORKING THROUGH / HELPLESSNESS / TRAUMA / TRANSFERENCE / PSYCHOANALYST

BIBLIOGRAFÍA

- Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2018). El derecho al secreto: Condición para pensar. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 126. (Trabajo original publicado en 1976).
- Barrán, J. P. (2008). *Intimidad, divorcio y nueva moral en el Uruguay del 900*. Montevideo: Banda Oriental.
- Barthes, R. (1998). *Lección inaugural, Collège de France*. México: Castillo hermanos. (Trabajo original publicado en 1977).
- (2007). *El placer del texto*. México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1973).
- Bleichmar, S. (2006). La deconstrucción del acontecimiento. Disponible en: http://www.silviableichmar.com/actualiz_09/Ladeconstruccion.htm
- Borges, J. L. (1998). Profesión de fe literaria. En J. L. Borges, *El tamaño de mi esperanza*. Madrid: Alianza. (Trabajo original publicado en 1926).
- Casanova, G. (prod.), Tejeira, G. y Suárez, R. (dir.) (2017). *Ojos de madera* [película]. Uruguay, Argentina. Alemania, Venezuela: Lavorágine Films.
- Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: De la piqueta. (Trabajo original publicado en 1979).
- Freud, S. (1986a). Carta 52. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1896).
- (1986b). De la historia de una neurosis infantil. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 17). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917).

- García, S. (2005). Trauma psíquico y método psicoanalítico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 100, 149-169.
- Gil, D. (2011). *Errancias*. Montevideo: Trilce.
- Green, A. (1996). *La metapsicología revisitada*. Buenos Aires: Eudeba.
- Harris, A. (17 de agosto de 2018). *Desamparo y estructura psíquica*. Trabajo presentado en Congreso Desamparo: Perspectivas Psicoanalíticas y Socioculturales, Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo.
- Laplanche, J. (1990). *La cubeta. Trascendencia de la transferencia: Problemática 5*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1996). *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2015). Traumatismos, traducción, transferencia y otros trans(es). *Revista Digital Alter*, 9. (Trabajo original publicado en 1986 [1984]).
- Mc Dougall, J. (1996). *Alegato para una cierta anormalidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Nacht, S. (1963). *La présence du psychanalyste*. París: PUF.
- Roussillon, R. (1995). *Paradojas y situaciones fronterizas del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Schkolnik, F. (2016). *Práctica psicoanalítica: Un trabajo de resignificación y simbolización en transferencia*. Montevideo: Rebecalinke.
- Stauffer, J. (2015). *Ethical loneliness: The injustice of not being heard*. Nueva York: Columbia University Press.